

# El corazón tiene razones que aún mi razón no entiende

Karen Lizeth Álvarez Raigoza

Lo recuerdo, estaba de pie en el patio de mi casa, cuando una nube blanca opacó mi vista, parecía como si varios grillos se hubiesen posado en mis oídos y múltiples hormigas caminaran por mi cabeza. Así lo describí en ese momento a mis once años; es lo mismo que ahora llamo en mi práctica clínica, obnubilación de la vista, tinitus y parestesia en la cabeza. En su momento fue un fenómeno extraño que apareció súbitamente y logró que me desvaneciera. Esa fue la primera vez que me desmayé.

Puedo recordar cuando abrí los ojos y sentí una angustia indescriptible de ver dos rostros y no reconocerlos ¡Son increíbles las jugadas que puede hacer tu cerebro! Creo que tardé por lo menos cinco segundos en romper mi silencio. Hablé y lo hice justo cuando parecía entender de nuevo quién era y quiénes estaban frente a mí. Como si el vacío de ver y no pensar hubiese desaparecido; allí la palabra “iluminación” encaja perfectamente para describir lo que sentí.

Mi madre estuvo siempre a mi lado. Mientras guardaba reposo, ella me puso a oler un algodón impregnado de alcohol para “que no me mareara de nuevo”. Estaba más pálida que yo. A partir de allí empezaron series de exámenes y cuidados; al parecer, todo se debió a un prolapso en la válvula mitral del corazón que me producía cuadros de síncope. Es curioso pero cuando me di cuenta de eso, sentí que era más que obvio que heredara algo relacionado al corazón pues pareciera que un requisito para ser parte de mi familia es tener alguna afección cardíaca.

Lo digo con ironía porque hay que ponerle algo de positivo a este antecedente aunque por supuesto esto no ha sido por completo un motivo de alegría.